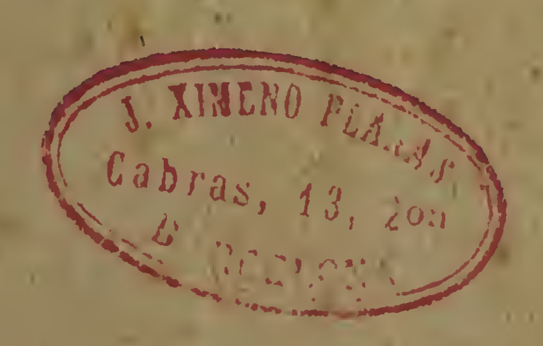
¿PALOS CON DINERO?... VENGAN

SAINETE EN VERSO EN UN ACTO Y TRES CUADROS

ARREGLADO POR

Luis Millá

Representado con aplauso infinidad de veces,
en los teatros «Calvo-Vico», (Barcelona); «Principal»
(Gracia); «Zorrilla» (Badalona);
«Principal», (Olot); «Alcázar Español» (Barcelona);
«Campos», (Villanueva) y otros varios.





BARCELONA
«Libreria Moderna» de Francisco Burgas
Rambla de los Estudios, número 12
1896

REPARTO

(Teatro Calvo-Vico)

PERSONAJES	ACTORES
ROSAURA.	D.ª Gertrudis Coy.
PERICO.	D. Luis Millá.
D. ANASTASIO.	» Antonio Morera.
JULIAN.	» José Abril.

Derecha é izquierda del actor.

Vístase de *figurón.*

NOTA.—Esta obra (arreglo) queda libre de todo pago de *propiedad intelectual.*

A. Calzada, impresor.—Arco del Teatro, 9, pasaje. - Barcelona.

ACTO UNICO

Cuadro primero

Calle: casa con puerta practicable á la izquierda.

ESCENA I

ANASTASIO y ROSAURA que salen por la derecha seguidos de JULIAN.

ANAS. Anda, sobrina, y no vayas
volviendo atrás la cabeza:
las muchachas de tu clase
han de guardar las maneras
de las gentes de alta alcurnia.

ROS. (¡Ay, que tío tan postema!)
Si voy deprisa, se enfada;
si ando despacio, patea;
si vuelvo la cara, gruñe,
y si me río, se emperra.
¡Cómo he de caminar pues!

ANAS. Cual requiere la decencia.
Vamos, anda.

ROS. Poco á poco,
este zapato me aprieta.
(*Bajándose para arreglárselo y haciendo señas á Julián.*)

ANAS. No vuelvas atrás la cara.

ROS. (¡Jesús, y que impertinencia!)
¡No ve usted!

ANAS. Sí, ya te veo.
No te detengas: ¿qué esperas?

ROS. He perdido el abanico...
(*Lo tira, Julián lo coje y se lo entrega.*)

ANAS. ¡Habráse visto babieca!
¿Dónde lo perdiste?

ROS. Creo...

JUL. Señorita, pues mi estrella
me proporciona esta dicha,
vuelva usté á tomar su prenda
que le ofrece este criado
que sus manos y pies besa.

ROS. Conózcame usted también
por su servidora, y crea
que estoy tan agradecida...

ANAS. Calla y no digas simplezas.
(*A él.*) Muchas gracias, caballero:
Se agradece la fineza.
Anda muchacha, que es tarde.

ROS. Esta es mi casa, y así
puede usted favorecerla
cuando guste.

ANAS. ¡Tú quieres
acabarme la paciencia!

JUL. Perdone usted, señorita,
no sé si á tanto me atreva...

ANAS. Ahora tenemos que hacer.

ROS. Hay muy pocas escaleras,
suba usted.

ANAS. Ven, picarona.

ROS. No quiero ser desatenta.

ANAS. Ea, vamos (ó de un palo
te romperé la cabeza).

ROS. ¡Mi mantilla, mi mantilla! (*Tirándola.*)

JUL. Este criado la lleva.

ANAS. No señor, démela usted.

ROS. Deje usted que suba.

ANAS. Ea.
Anda á dentro ó de un trancazo...

ROS. Que se me caen las medias...
(*Anastasio se lleva á Rosaura á empujones.*)

ESCENA II

JULIAN y á poco PERICO

JUL. ¡Que infeliz soy! No he podido
decirla en palabra ó señas,
á qué hora de esta noche
podría un ratito verla.
Si ahora encontrara á Perico
muy fácil entonces fuera
que una carta á mi Rosaura
hiciese llegar; sus tretas

son ingeniosas y puede...,
pero ¡calle! él viene...

(*Se oyen gritos; por la derecha sale Perico corriendo.*)

PER. ¡Bestias!
Borricos, asnos, camellos,
bolos, tarugos, badeas,
tontos, simples, ¡animales!
infundios, zulús, blasfemas,
pelmucias, zotes...

JUL. Perico,
¿qué viene á ser esta arenga?
¿A quién voceas; muchacho?

PER. Señor, la barba me tiembla.

JUL. Pero di, ¿con quién reñías?

PER. ¿Con quien? con una caterva
de estudiantes, más borricos
que toda mi parentela.

JUL. Mas ¿cual el motivo fué?

PER. Tan sólo es cuestión de ciencia.

JUL. ¿Pero dónde has estudiado?

PER. En Salamanca, esa tierra
donde con una sotana
y un manteo de bayeta,
sabe un hombre más latín
que yerba come una bestia.

JUL. ¡Conque has cursado las aulas!

PER. Las cursaba muy de veras.
siempre que entraba en la escuela,
cuantos tomates en *folio*
llovían en mi cabeza!
¡Ya se ve! ¿no he de tener
los cascos llenos de ciencia,
si por más de cien chichones
me reventaban las letras?

JUL. Cada letra de las tuyas
es mayor que una carreta.

PER. Pues dígame usted: ¿primero
que es, la forma ó la materia?

JUL. La materia, bruto.

PER. Vaya...
usted es un niño de teta
para mí; yo probaré
aquí en cuatro palabrejas,
como primero es la forma,
y después es la materia.

JUL. Explícate pues, que escucho
con suma atención tu arenga.

PER. El otro día corriendo
tras una moza gallega

por la calle, con tal furia
tropecé con una piedra,
que el zapato, de el dolor
se le descosió la suela.

JUL. Hombre ¿qué tiene que ver
el zapato con la ciencia?

PER. Escuche usted y verá
como la cuestión se acerca.
Pues señor, el remendón
al punto que con la lezna
le dió en la herida seis puntos,
me pidió media peseta
por la cura; yo le dije
en castellano seis letras,
que es *ladrón*; pero irritado
el hombre con la... indirecta,
cojió una forma, y al punto
me la tiró á la cabeza.
Eché á correr como un galgo
por si el caso repitiera
y fuime á ver un doctor
cirujano y saca-muelas
con la boca muy cerrada
pero la mollera abierta.
Y éste, después que me hizo
no sé qué en la calavera,
sacóme sangre y más sangre,
y entre la sangre una flema
que parecía agua blanca.

JUL. Eso sería materia.

PER. ¿Y por qué *materia* se hizo?

JUL. ¡Que pregunta tan discreta!
Por el golpe de la forma.

PER. Pues siendo de esta manera
pruebo con que, *Zapaterus*
tirabit forman in testam,
é cirujanis sacabis
eum ferro materiam mean;
luego primero es la *forma*
y después es la *materia.*

JUL. Tienes razón, más dejando
disparates que molestan;
ya sabes que por Rosaura
padezco indecibles penas,
que la quiero, la idolatro,
y casar quiero con ella.

PER. No se case usted, señor,
¡no haga por Dios tal simpleza!

JUL. Mas ¿por qué causa, Perico?

PER. ¿Pues que no sabe?.. ¡esta es buena!
¿no sabe lo que á Juan Cruz
le sucedió con Luz Huerta?
JUL. No se nada, explícate.
PER. Pues saque usted la experiencia.
Casose mi amigo Cruz
por tener hembra á su vera,
y casose de manera
que tropezó en una Luz.
Luz, su esposa se llamaba,
y Cruz, en Luz, se cruzó;
mas pronto en su Luz, Cruz vió
que Luz, lo crucificaba.
Jura Cruz de su Luz ciega,
y Luz, jura de su Cruz;
Cruz, reniega de su Luz,
y Luz de su Cruz reniega.
Cruz y Luz en santa unión,
danse, por fatalidad,
Luz á Cruz, oscuridad,
Cruz á Luz, condenación.
Siendo en este matrimonio
como un vice versa eterno:
ella á Cruz, Luz... del infierno,
y él á Luz, Cruz... del demonio: (1)
JUL. Esto en mí no pasará;
jamás pasarme pudiera.
Ni yo soy Cruz, ni ella Luz.
Tu cuento... no viene á cuenta.
PER. Yo lo cuento...
JUL. Por contarlo.
PER. Para que usté en mí convenga
que el cuento que le he contado,
cuento ó no cuento, bien cuenta,
que en gran cuenta ha de tenerle
quien de contado ya quiera,
sin echar cuentas, contarse
matrimoniado de veras:
pues si no cuenta al contado
con cuentas, que no hechó en cuenta,
cuando las cuenta, de fijo,
no le salen bien las cuentas.
JUL. Bueno, bueno, por contado.
Vamos á lo que interesa.
Es el caso, que un billete
á mi Rosaura quisiera
que tu llevases; pues quiero
saber cuando podré verla.

(1) De Lustonó.

PER. Y es el caso que el vejete
cuando mi persona vea
con el papel, de seguro,
como el tío es una fiera,
me casca sin más ni más
una paliza tremenda.
No quiero ir.

JUL. Te prometo,
como tal cosa suceda,
el darte por cada palo
un duro en plata.

PER. Ya esa
es otra canción.

JUL. ¿Accedes?

PER. Pues no que no: friolera:
Venga acá pronto el papel
que diez palos ó cuarenta
pronto se dan, y me gano
para comprar unas tierras
en mi pueblo. Las cultivo,
y cada año, una cosecha.
Compro bueyes, compro vacas
y mi fortuna prospera.
A los cinco años cabales,
ya es mía toda la aldea:
La ensancho, la estiro, la alzo,
me declaro luego en guerra,
conquisto reinos, soy rey,
el mundo es mío, de veras.
Al ver mi valor me aplauden,
me agasajan, me celebran,
me dan músicas, banquetes,
el pueblo me vitorea,
y la historia en letras de oro,
en letras de á cuarta y media
dice: «Perico Ramplón
Maldonado y otras yerbas,
fué el hombre más sabio y rico
que ha nacido en nuestra tierra.»

JUL. ¿Acabarás con tu cuento?

PER. Venga el papelito, venga.

JUL. Aquí lo tienes, despacha;
te espero en la calle ésta.

(*Julián durante el aparte de Perico lo ha escrito.*)

PER. El mundo es mío, no hay duda.
¡Vea usted quien tal dijera!
¡Un duro por cada palo!
¿Palos con dinero? vengan.

(*Vase corriendo.*)

Cuadro segundo

Sala decente.

ESCENA III

ROSAURA y ANASTASIO

Ros. Déjeme usted.
Anas. Que no quiero
que te asomes á la reja.
Ros. ¿Por qué razón?
Anas. Porque eres
tan descarada y tan... bestia,
que á todos los que te miran
les haces al punto muecas.
Ros. Es porque todos me dicen
que soy hermosa; ¿no es fuerza
que me ría y que les dé
las gracias por tal fineza?
Anas. Eso lo dicen por burla.
Ros. ¿Por burla? ¡Buenas son esas!
Pues mire usté, aquel galán
que cerca de nuestra puerta
me ha entregado el abanico,
ayer me halló en la alameda;
y si viera usted que cosas
me dijo cerca la oreja...
Anas. Que te dijo, dímelo.
Ros. Si fué un paso de comedia.
Mire usted, primeramente
torciendo así la cabeza... (*Con gazmoñer ia.*)
me miró con ojos tiernos
y me dijo: —Amada prenda:
me muero por esos ojos,
me muero por esas cejas,
me muero por esa boca,
y morirme no quisiera
sin haber antes besado
toda su persona entera.
Me dió un gusto en escucharle.
Anas. Deja alabanzas tan necias
y sepamos ya por fin
como se acabó la fiesta.
Ros. En que nos casamos.
Anas. ¡Como!
¡Habrá mayor desvergüenza!
Ros. Toma, me pidió la mano;
y yo como no soy lerda
ni manca, se la dí al punto,

y así... la boda está hecha.

ANAS. ¡Calla esa lengua, maldita!
¡Antes ciegues que tal veas!
¡Casarse con un pobrete
que no tiene una peseta!

ROS. ¿Como lo sabe usted, tío?

ANAS. Su cara bien lo demuestra.

ROS. Pues viste muy elegante.

ANAS. Puede que todo lo deba.

ESCENA IV

Dichos y PERICO con un cartabón muy grande bajo la capa.

PER. Dios sea en aquesta casa.
¿Don Anastasio Viruelas
no vive aquí?

ANAS. Sí; yo soy.

PER. Sea muy enhorabuena.
Yo vengo...

ANAS. ¿Quién es usted?

PER. Yo me llamo Juan de Aprieta,
para servirle.

ANAS. ¿Y qué quiere?

PER. El maestro Diego Lezna,
está en la cama algo malo,
y así, me ha dicho que venga,
á tomarle la medida
de los zapatos. (Dios quiera
que me de cincuenta palos.)

ANAS. ¿Y es cosa de consecuencia
la enfermedad del maestro?

PER. ¡Ca! ¡no! ¡no! una friolera
viene á ser; por todo el cuerpo
le ha salido una grajea
perruna, que causa risa
verle tocar la vihuela.
Tiene además en la espalda,
aquí, en la parte derecha,
dos avisperos, más grandes
que de los carros las ruedas.
En las piernas unas fuentes,
en los brazos seis goteras,
en la garganta dos llagas,
y tose, no vé y cojea.

ANAS. Lo siento mucho.

PER. El lo siente,
pues todo el día se queja.

ANAS. ¡Como ha de ser! Un zapato

le traeré, para que sepa
como los quiero.

PER. Muy bien,
y de camino usted vea
de traer el mejor vino
que por la bodega tenga.
Tengo tal sed que me ahogo.

ANAS. ¿Es mi casa una taberna?
Está bueno... (*Vase primera derecha.*)

ESCENA V

ROSAURA y PERICO

PER. Señorita,
este papel. (*Se lo dá.*)

ROS. Venga, venga.
que ya se quien me lo escribe.

PER. Julián espera en la puerta.

ROS. Pues mira, voy á escribirle
dos garabatos siquiera. (*Vase primera izq.*[a])

ESCENA VI

PERICO y á poco ANASTASIO con un zapato.

PER. El viejo viene; ojalá
se digne darme una felpa
de cien ó dos cientos palos,
y mi fortuna está hecha.

ANAS. He aquí, pues, el zapato.
que sea igual á la muestra.

P R. Siéntese usté y tomaré
la medida.

ANAS. Vaya, apriesa.
¡Jesús, y que cartabón!

PER. Con ese tomo á las bestias
la medida.

ANAS. ¡Gran tunante!
¡Tú tienes la desvergüenza
de tratarme de animal!

PER. (Ahora me carga de leña.)
Como que veo que usted
tiene más de cuatro tercias
de pezuña, no se extrañe
que le trate cual las bestias.

ANAS. ¡Desvergonzado! A la calle
vete bien pronto, y no quieras
impacientarme.

PER. (Este hombre
tiene muchísima flema.)
¿Sabe usted que me dan ganas

de romperle la cabeza?
¡Echarme á la calle! ¡vaya!

ANAS. En dónde hay un palo, espera (*Lo busca*)

PER. (Ya va á molerme los huesos.) (*Contento*)

ANAS. Agradece mi prudencia,
que si no, de un garrotazo...
(*Coje el palo y se detiene.*)

PER. (¡Pues está buena la fiesta!
Este hombre será de mármol.
Probemos de otra manera.)
Pues si no me dá el dinero
yo no salgo por la puerta.

ANAS. ¡Qué dinero!

PER. El que me debe.

ANAS. ¡Deberte yo! Buena es esa.

PER. ¡Conque usted niega que debe!
Si es usted la quinta esencia
de la indignidad.

ANAS. Bellaco,
yo te cargaré de leña
con una vara.

PER. (Por fin
ya parece que se altera;
¡que gusto! lo menos, menos,
sus veinte palos me pega.)

ANAS. Toma, tunante.

(*Alza el bastón para pegar, Perico vuelve las espaldas, pero no le pega.*)

PER. Uno, dos,
tres, cuatro.

ANAS. Tengo prudencia.
Vaya, vete, y escusemos
desazones y quimeras.

PER. (Miren con que sale ahora;
¡Maldita sea mi estrella!
Tanteemos otro lado.)
Si usted me toca siquiera
con un dedo, diré á todos
que desciende de la nieta
de Zaburón.

ANAS. ¡Yo judío!
Toma por la desvergüenza.

PER. De usted, de usted.

ANAS. (*Se detiene.*) No, no quiero,
porque sería una mengua
que ponga en un vil las manos
un hombre de mi nobleza.

PER. (A que me vuelvo á la calle
sin ganar un real siquiera.)

¿Usted noble? Vaya, vaya,
sin duda que se chancea.
¿Piensa usted que no se yo
que fué cochero en su tierra,
después pregonero en Soria
y verdugo en Antequera?

ANAS. ¡A mi este ultraje! Atrevido,
toma por la desvergüenza. (*Le da dos palos.*)

PER. Uno, dos...

ANAS. Pero te dejo
por loco; vete y no vuelvas.

PER. (¡Y me he de ir con dos duros!)

ANAS. Vete granuja. ¿Qué esperas?

ESCENA VII

Dichos y ROSAURA con una carta.

ROS. Tío, ¿qué son estos gritos?

ANAS. Este picarón, que intenta
darme un mal rato.

PER. (Ahora sí
le enfado á no ser de piedra.)
(*A Rosaura echando la capa á sus pies.*)
Por ti es todo, dueño mío!
Viva tu sal y canela,
viva tu cuerpo bonito,
dame un abrazo, morena,
ya sabes lo que te quiero.

ROS. Tío, tío, que se acerca...
(Toma el papel.)

ANAS. ¡Insolente!
¡Atreverse en mi presencia!...
¡Toma, infame! (*Le da cinco.*)

PER. Tres, cuatro,
cinco, seis, siete...

ANAS. Ea, ea,
basta ya, porque me canso.
Para otra vez escarmienta.

PER. (¡Y he de marchar sin ganar
siquiera una onza completa!)

ANAS. Vete al punto.

PER. No me voy
sin decirle á voz entera...
(Esto bien vale seis duros)
que es borracho de taberna.

ANAS. Por vida...

PER. Ladrón, cuatrero,
y por remate de cuentas...
se lo diré callandito.

(Esto nadie lo tolera.)
(*Figura decirle en la oreja una expresión fea.*)
ANAS. ¡Infame! ¡canalla! ¡pillo!
Agotóse mi paciencia.
Toma. (*Le da nueve palos.*)
PER. Ocho, nueve, diez,
once, doce, trece, (aprieta)
catorce, quince, (que punto),
diez y seis, (¡onza completa!)
ANAS. Ya me canso de pegarte;
busca un diablo que te muela.
PER. Usted viva muchos años
y mande usted cuanto quiera.
Ya me gané mi jornal.
¿Palos con dinero? vengan. (*Vase corriendo.*)
ANAS. Este es un loco; en mi vida
me sofoqué tan de veras.
Vamos dentro, y una taza
me darás de té con menta.

Cuadro tercero

La misma decoración del primer cuadro.

ESCENA VIII

JULIAN, á poco PERICO

JUL. ¡Mucho tarda Periquillo!
¿Si el viejo, que es una fiera,
no dejará la muchacha
por conocer ya sus tretas?
Mas ya baja, sí, no hay duda;
(*Mirando por la escalera.*)
Dime, Perico, ¿qué nuevas
me traes?
PER. Tome esta carta
y sobre la marcha venga
una onza.
JUL. ¿De qué? ¡simple!
PER. Del resumen de una cuenta
de diez y seis garrotazos.
JUL. Vete; no estoy para fiestas.
«Dulce y estimado novio.» (*Leyendo.*)
PER. No andemos en cuchufletas,
que aún me echa el cuerpo humo
cual si fuera chimenea.
JUL. Vete al diablo con embustes.
«Estoy echando centellas
por casarme.»

PER. Yo las echo
de ver que usted se chancea.
Venga pronto mi dinero.
JUL. «Mas mi tío no me deja...»
PER. Ni yo le dejaré á usted
hasta darme mis monedas.
Venga lo que me gané.
JUL. Anda al diablo que te crea.
PER. ¡Que no es verdad la paliza!
Pues señor, esta es más buena.
Bien se conoce que usted
no la recibió, canela.
Al punto voy á probarle
del caso, la verdad entera.
(*Llamando en la puerta.*)
Eh, señor don Anastasio,
salga al punto.

ESCENA IX

Dichos y ANASTASIO por la casa.

ANAS. ¿Quién vocea?
JUL. Detente, ¿que vas á hacer?
PER. A vindicar mi inocencia,
que por usted he sufrido
dos carreras de baquetas. (*Sale Anastasio.*)
Venga usted, don Anastasio.
Declare usted en conciencia,
¿cuántos palos me ha pegado?
ANAS. Diez y seis, según tu cuenta;
pero conforme á la mía
te faltan doce docenas.
PER. Si usted me los paga á duro
recibiré más de ochenta.
¿Lo ve usted, señor?
JUL. ¡Canalla!
yo te cargaré de leña.
PER. Pues no me voy sin cobrar.
JUL. (*A Anastasio.*) Señor, la gracia y belleza
de su sobrina, ha rendido
mi corazón, el que anhela
la dicha de ser su esposo.
PER. (Ya cobraré yo mi deuda.)
(*Vase por un momento y vuelve con un palo.*)
ANAS. ¿Mas tiene usted patrimonio?
JUL. Tengo casas, tengo tierras
en mi pueblo, que me dan
para vivir buena renta.
ANAS. ¡Porque no lo dijo antes!

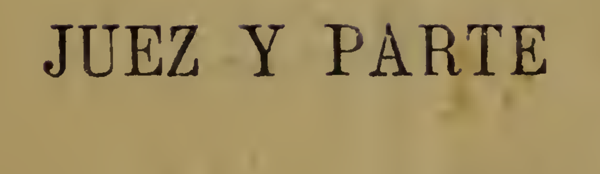
teniendo dinero, ¡sea!
casaros cuando queráis.
PER. Señor, ¿quién paga mi cuenta?
JUL. Vete á paseo.
PER. ¡A paseo!
Vaya una respuesta necia.
Pues señor, será preciso
devolverle á usted la leña,
y así vaya usted contando. (*Le pega.*)
JUL. Tunante, que me revientas.
PER. Cinco, seis, siete, ocho, nueve.
ANAS. Detente...
PER. Y á usted también.
aprenda como se pegan.
(*Pega á los dos que corren á la par.*)
ANAS. ¡Pillo! ¡granuja! ¡socorro!
JUL. ¡Socorro!

ESCENA X

Dichos y ROSAURA

ROS. ¿Que bulla es esta?
PER. Es que estoy restituyendo
de garrotazos la deuda.
ROS. Detente; yo pagaré
todo lo que se te deba.
PER. Me detengo.
ROS. Escuché
escondida en la escalera
que con mi Julián me caso;
así pues, fuera quimeras.
PER. Por mi parte las olvido.
Mientras vengan las monedas,
lo demás importa poco.
¿Palos con dinero? vengan.
(*Al público.*)
Si el sainete os ha gustado
y un aplauso bien nutrido
á todos nos dais de grado,
olvidaré de contado
los palos que he recibido.

FIN



JUEZ Y PARTE

JUEZ Y PARTE

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

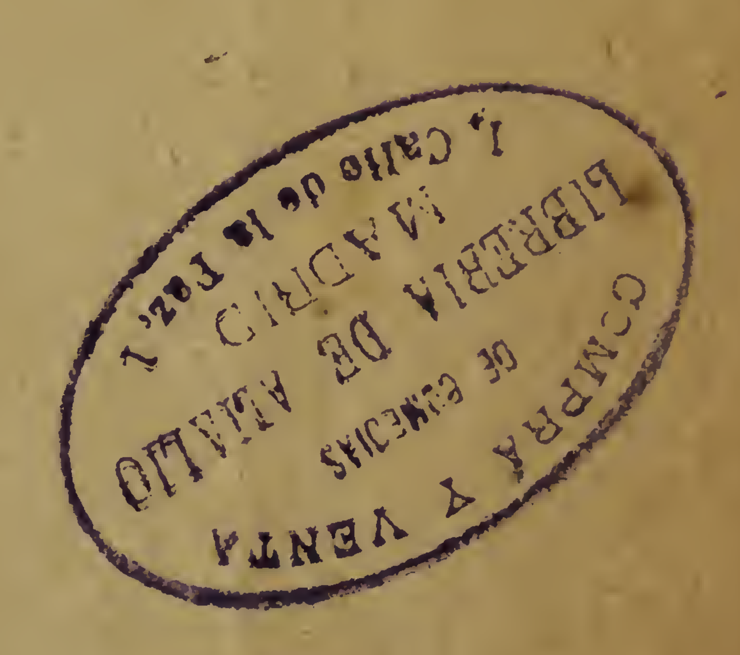
ORIGINAL DE

FEDERICO MINGUEZ

Y

ANGEL RUBIO

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA el día 7 de Marzo de 1885.



SEGUNDA EDICIÓN

MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
CLARA......................	Doña	Victoria Muñóz.
CARMEN....................	»	Lucía Pastor.
SERAFINA..................	»	Felisa Boisgontier.
ARTURO....................	Don	Antonio Riquelme.
DON SEVERO...............	»	Gerardo Peña.
TOMÉ.......................	»	José Riquelme.

Época actual.

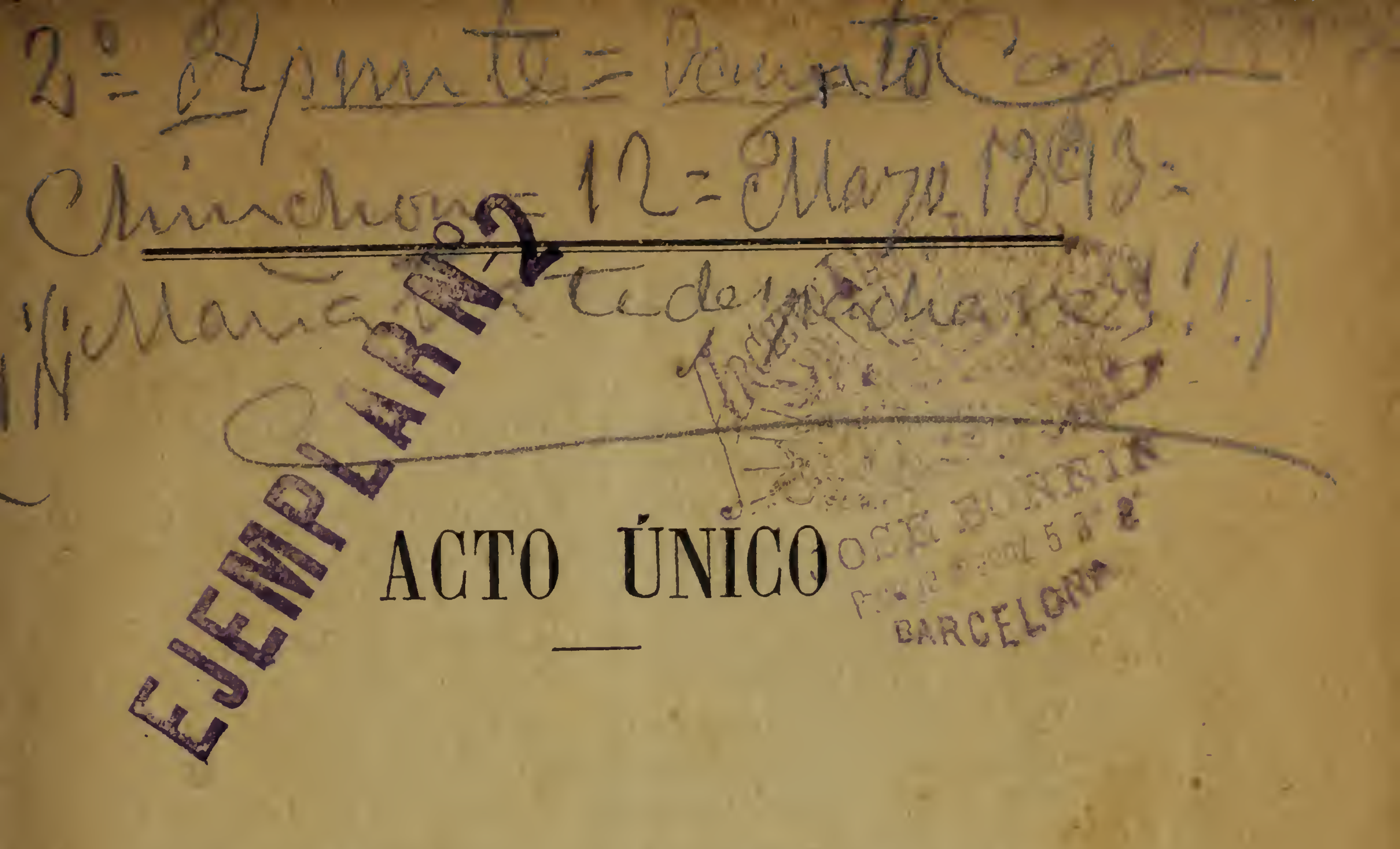
2do apunte Llorente (hijo)

AL SEÑOR

D. JOSÉ MARÍA DUCAZCAL Y PEREZ

QUERIDO PEPE: *Lo ofrecido es deuda; acepta en nombre de nuestra buena amistad, la dedicatoria que de esta obra te hacen tus invariables amigos,*

LOS AUTORES.



ACTO ÚNICO

La escena representa una sala con muebles elegantes. Puerta al foro y laterales. A la derecha un velador cubierto con un tapete que ha de llegar al suelo. Una papelera, sobres, papel, una escribanía, etc. Inmediato al velador un sillón; enfrente otro sillón; alguna silla volante. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón cruza por el foro de izquierda á derecha CARMEN, que aparece en escena á los pocos momentos, seguida de TOMÉ, que trae en un pañuelo las prendas siguientes: una falda de raso, muy corta, unas botas de señora, también de raso, unas botas de montar con espuelas, un calzón de jockey, una chaquetilla de ídem, y un casquete plateado con los atributos del dios Mercurio.

CARM. Pero, chico, ¿qué es eso?

TOME. Este lío es una sorpresa que te preparo. (Dejándole sobre la butaca inmediata al velador.)

CARM. ¿Una sorpresa? No te comprendo.

TOME. ¿No hemos convenido en que esta noche, así que se acuesten los señoritos, nos vamos al baile?

CARM. ¡Ay, Tomé! ¿Y si se enteran?

TOME. Calla mujer, ¿qué se han de enterar?

CARM. Pues yo tengo mucho miedo.

TOME. ¿Miedo, yendo conmigo? Vamos, que te calles.

CARM. Pero, sepamos; ¿qué traes ahí?

TOME. ¡Curiosilla! Ahora vas á ver de lo que es capáz un hombre cuando está en estado de canuto.

CARM. ¿De canuto?

TOME. Sí; cuando está enamorado hasta las cachas.

CARM. ¿Me lo juras?

TOME. Por éstas. (Cruzando las manos y besando la cruz.)

CARM. Eres un mozo de una vez.

TOME. Pues verás. Aproveché la circunstancia de que los amos no estaban en casa, y en menos que se piensa, he ido á alquilar estos dos trajes que van á dar la hora.

CARM. Sí, pero que ya han empezado por costarte los cuartos.

TOME. Y eso, ¿qué importa? (Comienza á sacar la ropa por el orden que el diálogo expresa.)

CARM. ¿A ver? ¿A ver? ¡Ay, qué gusto! por fin se me van á lograr mis deseos; voy á ir á un baile... ¡y de máscara!

TOME. Mira, mira; (Le enseña la falda.) ¡con esta falda vas á estar hecha un brillante americano!

CARM. ¡Chico, qué lujo!

TOME. No te mereces menos.

CARM. Pero oye, oye, ¿voy á ponerme yo esta falda tan corta? Va á darme vergüenza, se me van á ver las piernas.

TOME. ¡Y á tí qué te importa? ¿No vas de máscara? Pues en llevando la cara tapada, lo demás que lo parta un rayo.

CARM. ¡Vaya una cuenta!

TOME. Las piernas las conoce todo el mundo. ¿Es que las tienes torcidas?

CARM. Estás enterado.

TOME. Eso es lo que yo quisiera, enterarme.

CARM. Te advierto que yo soy muy derecha, ¿sabes?

TOME. Ya me lo figuro... pero llevando careta, ¿quién va á reparar?

CARM. Tú. Y por eso no quiero...

TOME. Pero si yo también llevo disfráz, y con la careta no se ve nada; además, ¿no vas á ser mi mujer?... Pues es preciso ir conociendo el género.

CARM. ¡Qué cosas tienes! En fin, si no hay otro remedio...

TOME. (Coge la falda de manos de Carmen y la coloca sobre el respaldo de la butaca, toma las botas de raso, y dice:) Mira, mira qué botitas.

CARM. ¡De raso! Pues no voy á estar poco bien. Díme, ¿qué representaré con ese traje?

TOME. Pues una reina, una diosa.

CARM. ¿Qué reina?

TOME. Una que llevaba las piernas al aire.

CARM. Pero con ese traje se va como en cueros.

TOME. Los dioses son gente de poca ropa. El alquilador me ha dicho que estos trajes son... *mitolúrgicos*.

CARM. ¿Y dónde está eso?

TOME. Pues en *mitolurgia*.

CARM. ¡Uy qué lejos! Y tú, ¿qué dios representas?

TOME. Me dijo el de los trajes un nombre así como de botica, que no recuerdo. ¡Ah! sí, el dios Mercurio.

CARM. ¿Y quién fué ese?

TOME. Uno que dicen que fué correo de gabinete.

CARM. ¿De dónde?

TOME. Pues de aquella tierra.

CARM. ¡Ya!

TOME. (La coge las botas y las coloca sobre el velador, toma del lío las otras, y mostrándolas á Carmen, dice:) Mira; para mí unas de montar.

CARM. Un dios con botas... ¡já! ¡já! ¡ja!

TOME. Y espuelas. Dicen que era un dios que montaba contínuamente. (Coloca las botas en el velador, vuelve al lío, y sacando las prendas que coloca en el respaldo, dice:) ¿Ves? mi calzón, mi chaquetilla, y esto para la cabeza.

CARM. ¡Jesús, qué feo! No te quiero ver así; parecen cuernos.

TOME. Es el complemento del traje. Ya verás cuánto nos vamos á divertir; vamos á bailar toda la noche. ¿Te gustan á tí las habaneras?

CARM. ¿A mí? muchísimo; ya me estoy relamiendo.

TOME. Yo lo creo; viva la alegría, tu garbo y... (Suena una campanilla.) Malhaya el inventor de las campanillas.

CARM. Tomé, ¿será el ama? (Asustada.)

TOME. Pues recoge todo eso á escape y escóndelo, anda. (Meten precipitadamente en el pañuelo todas las prendas que se hallan en el respaldo de la butaca, olvidándose completamente de las botas.

CARM. ¡Qué poco dura lo bueno!

TOME. Date prisa, mujer. (Vuelve á sonar la campanilla.)

CARM. (Con rabia.) ¡Ya van! (Vase con el lío y dice desde la puerta.) ¿Y qué hago con esto?

TOME. Mira, escóndelo en tu cuarto, y abre, que yo me quedo aquí. Lo que es esta noche, sí que me pongo yo las botas. (Reparando en que se han quedado sobre el velador.) ¡Demonio! si se ha quedado aquí la zapatería. ¿Dónde las oculto? Ya no hay tiempo. Aquí, debajo del velador, hasta que pueda llevármelas; nadie ha de reparar... (Oculta las botas debajo del velador.)

ESCENA II

TOMÉ; CLARA, por foro derecha. Bien vestida, con velo y guantes.

CLARA. Por fuerza estaban ustedes sordos; dos horas llamando, y nada, sin salir á abrir ninguno.

TOME. Yo estaba en el cuarto del señorito limpiando su ropa.

CLARA. Sí; ya sé que tú no te ocupas más que en servir á mi marido: siendo cosa suya, todo va bien; en cambio yo no puedo contar contigo para nada: tan egoísta eres tú como tu amo.

TOME. ¿Yo? (Se me figura que la señorita no está de temple;

si se encuentra ahora las botas, se acabaron los dioses mitolúrgicos.)

CLARA. (Ha debido sentarse en la butaca inmediata al velador.) Avisa á Carmen, que venga.

TOME. En seguida. (Dios nos coja confesados.) (Vase por foro izquierda.)

ESCENA III

CLARA

¡Este marido, que me obliga á salir siempre sola: que nunca se puede contar con él para nada! Si yo hubiera sabido lo que era casarse con un juez, no lo hubiera hecho nunca; hoy que la vista, mañana que el Juzgado, que la Sala primera, que la Sala segunda, y entre tanto, la que se pasa la vida en la sala, soy yo. Es claro, en su afán de aprisionar á todo el mundo, es una la primera víctima. ¡Ah! Se me olvidaba el juicio oral. ¡Dichoso juicio! Ni el de Salomón; allí se pasan días y días para sentenciar después al procesado... á que se vaya á paseo. ¡Y para esto tanto charlar! Luégo hablan de las mujeres. Lo que es mi marido podrá hacer justicia, pero no es por su casa.

ESCENA IV

CLARA; CARMEN, por foro izquierda.

CARM. ¿Llamaba la señorita?

CLARA. Sí: vamos á mi cuarto y ayúdame á quitar esta ropa.

CARM. (Mirando de reojo al sitio en que supone escondidas las botas.) Imposible que pueda llevármelas. ¡Qué va á pasar aquí, Dios mío! (Entran por la primera puerta de la izquierda.)

ESCENA V

Queda la escena sola breves momentos, durante los cuales se oye la campanilla, y después voces entre TOMÉ y ARTURO; éste último con acento exajeradamente andalúz. Porte elegante, edad unos treinta y dos años.

TOME. Le digo á usted que no está más que la señorita.

ART. ¿Pues á quién quiero yo ver más que á tu señorita, Currito?

TOME. Me llamo Tomé.

ART. Pues bueno, hombre, toma lo que quieras.

TOME. Es que yo no sé si la señorita está visible.

ART. Entras y te enteras, y así sabremos si hay eclipse parcial ó total.

TOME. ¿Su gracia de usted?

ART. ¿Mi gracia? (Cantando)

¡Ay qué gracia,
qué gracia, qué gracia
que tiene cantando,
mi niña Colasa!

TOME. (Este señorito está ido.)

ART. Díla á la señorita que la espera un caballero con muchísimas circunstancias y con castañas.

TOME. Entonces el castañero.

ART. De veras, ¿eh? (¡Qué criado tan gracioso tiene mi primita!)

TOME. Claro; no dice usted su nombre.

ART. El nombre no hace al hombre, ¿estás tú? Y éste es un secreto para tu señora.

TOME. ¿Un secreto? (¿Qué lío será este?)

ART. Si te pregunta mis señas, la dices que la busca un buen mozo con toda la barba.

TOME. Pues las señas son mortales. (Este señorito me escama.) (Vase por primera izquierda. Durante el diálo-

go anterior, Tomé no ha hecho más que mirar al sitio donde escondió las botas; cosa que hace fijarse á Arturo, aunque sin interés.)

ESCENA VI

ARTURO. Siéntase á la izquierda y dirigiéndose al público dice:

Aquí tienen ustedes un flamenco, más flamenco que todos los flamencos, y basta que yo lo diga, y no se asusten ustedes porque venga de *filustri*, que en mi tierra también se viste de fino, no quita lo cortés á lo valiente. (Fijándose en uno del público.) ¿Que de dónde soy?—De Andalucía, hombre. (Comienza á cantar las primeras palabras de una malagueña.) Me parece que me explico; la tierra de más gracia del mundo; digo, si tendrá gracia que toda está bailando. El ser así me ha costado una fortuna, pero ya se acabó la *guita;* toda la vida me la he pasado bebiendo vino y me he gastado todo el dinero en *juergas*, jaleitos y mujeres; verdad que éstas arruinan á cualquiera... pero yo he tenido esa debilidad; siempre las he querido. ¡Pobrecitas mías! (Pausa.) Pues aquí me tienen ustedes que he venido á Madrid, no sólo á ver á mi prima, que se casó con un juez y la prendió la justicia, sino con un fin más elevado; no á ser cochero, porque gracias á Dios todavía no estoy en ese caso, y ustedes dirán: bien, ¿y qué? ¿Viene usted á ser ministro? No señor, porque ya hay muchos flamencos en el ministerio. ¿A ser empleado? Tampoco; eso lo dejo yo para lo último. ¿Entonces?... Pues vengo con la idea de hacer una comedia; la comedia que todo español tiene que hacer por fuerza; vengo á ser autor dramático; yo he probado de todo y para nada sirvo; de manera que voy á hacer también mi ensayo. Le prometí á Riquelme, un

actor de Eslava (1), buen muchacho, que tiene mucha gracia; ya le conocerán ustedes; que le pondría en un compromiso y creo que escribiéndole algo he cumplido mi palabra; él es tan *barbián* como yo... algunas tenemos corridas juntos; así, pues, ¡olé salero y viva mi abuela! Eso que ya hace mucho tiempo que se murió la pobrecita.

ESCENA VII

DICHO; TOMÉ, por la primera puerta de la izquierda.

TOME. La señorita, que sale en seguida. (Arturo como distraído tararea.) Usted debe tener siempre muy buen humor.

ART. ¡Yo lo creo; no tengo otra cosa!

TOME. ¿Es usted andalúz?

ART. Sí, ¿y tú?

TOME. Yo soy de *Valladoliz.*

ART. (Cantando.) Que semos de Vallaulí.

TOME. ¿Se está usted burlando?

ART. No, hombre, no; es mi carácter.

TOME. (¡Me voy, porque si no me parece que le voy á calentar á este tío!) (Vase por foro izquierda.)

ART. La coplilla no le ha hecho gracia al cancerbero, y yo no lo puedo remediar; á cualquier cosilla me arranco por todos los cantes tan á lo vivo...

ESCENA VIII

ARTURO; CLARA, por la primera puerta de la izquierda.

CLARA. ¡Caballero!...

ART. ¡Clarilla de mi alma!

(1) Las palabras «Riquelme y Eslava» serán sustituídas en otros teatros con el apellido del actor que represente este juguete y nombre del teatro en que actúe.

CLARA. ¡Primo mío!

ART. ¡Venga un abrazo!

CLARA. ¡Qué alegría! ¿Tú por aquí? ¿Cómo está mi tía? ¿Cuándo has llegado?

ART. Esta mañana, y la primer visita ha sido para tí.

CLARA. Muchas gracias.

ART. ¿Sabes que estás muy hermosa?

CLARA. Eso es que tú me miras con buenos ojos.

ART. Difícil es, porque los tengo muy feos.

CLARA. ¿Y qué te trae por aquí?

ART. Lo primero de todo, el deseo de verte y conocer á tu esposo, y después... una empresa muy arriesgada.

CLARA. ¿Cuestión de intereses?

ART. No; por dinero no gestiono yo nunca; ¿no ves que casi nunca lo tengo?

CLARA. ¿Entonces?...

ART. La empresa que yo traigo tiene los demonios en el cuerpo.

CLARA. Pues mira, si mi marido te puede servir de algo, ya sabes...

ART. ¿Qué, tiene tu marido los demonios en el cuerpo?

CLARA. ¡Hombre, no! Pero tal vez sus muchas relaciones puedan ayudarte.

ART. Tu marido no me sirve.

CLARA. Según de lo que se trate.

ART. Se trata de escribir una comedia.

CLARA. ¿Una comedia?

ART. Sí, prima mía; vengo decidido á ser autor dramático.

CLARA. ¿Tú? Déjame reir; ya veo que sigues tan loco como siempre.

ART. Pero mujer, ¿quién no hace comedias en este mundo?

CLARA. Es cierto. ¿Y tienes acabada tu obra?

ART. Estoy buscando el argumento.

CLARA. ¿Y no parece?

ART. Ni por asomo; hace días empecé un drama, y á las pocas escenas me encontraba tan atado y con tanta gente, que no tuve más remedio que matar más de la mitad.

CLARA. Pues mira; esos son los dramas del gusto moderno.

ART. En el segundo, pongo una batalla.

CLARA. ¿Y allí mueren los restantes?

ART. Alguuo quedará.

CLARA. ¡Eso es atróz!

ART. En cuanto me estorba un personaje, le corto la cabeza y asunto concluído. Yo creo que estoy en mi derecho.

CLARA. ¡Yo lo creo! Pero eso en vez de un drama, será una sucursal de la Funeraria.

ART. No lo creas. En el tercer acto resucitan casi todos.

CLARA. Es natural, si no se acabó el drama.

ART. Me valgo de un medio muy ingenioso para darles vida.

CLARA. ¿Cuál?

ART. Convoco unas elecciones de diputados por sufragio universal y todos vienen.

CLARA. ¡Já, já, já! (Riendo.)

ART. Pero hablemos de tí. ¿Qué tal te va en tu matrimonio? Díme la verdad.

CLARA. Bien. Sería completamente felíz, si mi esposo no tuviera un defecto que me martiriza en extremo.

ART. ¿Es cojo? ¿Manco tal vez?

CLARA. El defecto es moral, no físico.

ART. ¿Y qué le falta... moralmente?

CLARA. No le falta nada; le sobra.

ART. ¡Demonio! Pues eso es peor.

CLARA. Mi marido es excesivamente celoso.

ART. Pues yo te prometo que he de curarle esa manía.

CLARA. Sí; cuando tú te quites la de ser flamenco.

ART. Pues mira; si en alguno de esos arrebatos de Otelo le cantaras una malagueñita, verías qué pronto se le pasaba. Tú no sabes la influencia del cante en algunas ocasiones, sobre todo del cante hondo.

CLARA. Desengáñate; á mi marido le pasa lo que á tí; genio y figura...

ESCENA IX

DICHOS; CARMEN, *por foro izquierda.*

CARM. ¿Señorita?

CLARA. ¿Qué quieres?

CARM. Ahí está la modista que ha mandado usted venir.

CLARA. Que pase al gabinete, que voy al momento. (*Vase Carmen por foro izquierda.*) ¿Me esperas unos minutos, primo?

ART. Ya lo creo; tú no hagas caso de mí.

CLARA. Mira, ése es el despacho de Severo, (*Segunda de la derecha.*) en él tienes periódicos y libros; esa es su habitación; (*Primera de la derecha.*) aquél, (*Segunda de la izquierda.*) es el comedor, y ese mi cuarto; (*Primera de la izquierda.*) ya sabes que estas habitaciones y todas las de casa son tuyas. Hasta luégo. (*Vase por foro izquierda.*)

ART. ¡Anda con Dios, salero!

ESCENA X

ARTURO

Pues señor, que está mi prima muy requeteguapa... ¡me figuro que el juez la hará justicia! ¡Ya lo creo! ¡Cuántos quisieran mostrarse parte en estos autos! (*Se sienta en la butaca inmediata al velador, y al estirar las piernas tropieza con las botas.*) ¡Diablo! ¿Qué es esto? (*Sacando las botas.*) ¡Unas botas de montar! ¿Quién montará en esta casa? ¡Como no sea mi primo!... Pero ¿y estas otras? ¡Ahora recuerdo! el criado no separaba la vista de este sitio. ¡Ay, esto es un lío del de *Valladoliz*. Ya tengo argumento para mi obra. ¡Vaya un sitio que tienen de dejar el calzado en esta casa! ¡Y éstas son de mujer y de baile! ¡Ah, qué idea! Pongamos en juego

estos piés que estaban aquí ocultos. Veremos lo que sale. Severo es celoso; pues las botas de montar al cuarto de mi prima. (Lo hace así, volviendo inmediatamente.) Eso es; ahora las de mujer al cuarto de mi primo. (Entra y lo hace.) Ya está. Y ahora, ¡ah, qué idea! (Se sienta y comienza á escribir.) ¡Eso es; perfectamente! ¡Me gusta! Yo no sé qué saldrá de todo esto. (Escribe.) Así; dos palabras que levanten vejiga y luégo la mecha. (Poniendo el sobre.) «Señor don Severo León:» ¿Y dónde la dejo? Pues aquí mismo; ¡si Severo no conoce las botas, buena se va á armar! Al menos, ya que esto no me sirva de argumento, le daré una bromita al Juez de primera instancia y procuraré curar el defecto de sus celos como la dije á mi prima; entremos por ahí dentro y á ver, oir y callar, que la cosa puede tener mucha gracia. No, si lo que es para estas cosas me pinto yo solo. (Vase por la segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA XI

TOMÉ, entrando con cautela; á los pocos momentos, SEVERO

TOMÉ. Nadie: aprovechemos la ocasión de sacar las botas del escondite, no haga el demonio que los señoritos tropiecen con ellas. ¡María Santísima! (Buscando por el suelo.) ¡Si no están! ¿Se habrán ido solas cansadas de esperar, ó habrá podido Carmen?...

SEVERO. (Entrando por foro derecha.) Está bien, señor mío. ¿Se puede saber qué hace usted por los suelos?

TOMÉ. (¡Dios mío, el amo; me pescó!)

SEVERO. ¿Qué buscabas ahí en cuatro piés?

TOMÉ. Eso, cuatro justos.

SEVERO. ¿Cómo?

TOMÉ. Cuatro reales que se me han perdido.

SEVERO. Pues ellos parecerán. Ves á cerrar la puerta, que me la he encontrado abierta de par en par.

TOME. La habrá dejado así el caballero de antes.

SEVERO. ¿Un caballero?

TOME. Un señorito que ni preguntó por usted ni quiso decir su nombre.

SEVERO. Ya te he dicho que estando fuera de casa no entra aquí más hombre que tú.

TOME. Púes si era un andalúz más pesado...

SEVERO. ¿Andalúz? Entonces sería mi amigo Luis, un arquitecto que espero. Si vuelve, que pase en seguida.

TOME. Corriente. (Pero esas botas, ¿dónde andarán?) (Vase por foro izquierda.)

ESCENA XII

SEVERO; ARTURO, escondido tras el portier de la habitación segunda de la izquierda.

SEVERO. (Sentándose en la butaca inmediata al velador.) ¡Qué día llevo en las Salesas!

ART. (¡Las Salesas! ¿Quién serán esas señoras?)

SEVERO. Estoy que me llevan los diablos. ¡Tanto litigio, tanta causa!...

ART. (Mal humor gasta mi primo.)

SEVERO. No me dejan tiempo para nada; estoy deseando venir á casa, donde siquiera estoy más tranquilo.

ART. (¡Ya te lo dirán de misas!)

SEVERO. Gracias á Dios que ha llegado un día en que sólo encuentro una carta, porque aquí llueven las recomendaciones.

ART. (Pues esa no es mala recomendación.)

SEVERO. Leamos. ¡Dios mío! ¿Qué es esto? «Tu mujer te engaña como á un chino; en su cuarto encontrarás las »pruebas de su delito.—A.» Esto no puede ser más que una broma, pero de muy mal gusto. ¿Qué puede haber en el cuarto de mi mujer? Veamos. (Entra en la habitación primera de la izquierda, saliendo á los pocos momentos con una bota de montar en cada mano.)

ART. (Sacando la cabeza.) Se va á armar una si no son suyas, que yo entiendo... Ya vuelve.

SEVERO. ¡Unas botas de montar! ¡Era cierto! Mis celos no eran infundados; pero ¿de quién pueden ser estas botas?

ART. (Eso mismo digo yo; ¿de quién serán?)

SEVERO. Indudablemente el infame monta á caballo.

ART. (Ya lo creo que monta.)

SEVERO. Yo no sé lo que siento en la cabeza.

ART. (Ahí le escuece.)

SEVERO. ¡Oh! y el que me avisa está bien enterado de todo, de modo que á estas horas estaré siendo la mofa y el escarnio de todo el mundo. Yo no quiero ni pensarlo.

ART. (¡Prendió la mecha!)

SEVERO. Procedamos con calma; las pruebas están en mi mano. ¡Ah! ¡Si el criminal cae en mi poder!...

ART. (Sí, busca, busca, que hay para rato.)

SEVERO. Todo un juez. ¡Qué situación!

ART. (¡Qué situación la del general!)

SEVERO. Parece que viene alguien; ocultemos el cuerpo del delito, y que nadie se entere de mi desgracia. (Entra por la segunda puerta de la derecha.)

ART. (Saliendo.) ¡Pobre Severo! ¿Cómo ha de suponer que su primo es el que le ha preparado este disgustillo? Y no hay más remedio, el arte lo quiere. ¡Todo sea por el arte! Yo me vuelvo al comedor; allí hay Jeréz, y puedo echar un traguito de cuando en cuando, mientras tanto se aclara eso de las botas. (Vuelve al cuarto.)

ESCENA XIII

CLARA, saliendo por foro izquierda.

Me ha dicho Tomé que había venido Severo; pero, ¿y mi primo? ¡Yo que venía á preguntarle...! ¿Se habrá marchado? ¡Quién se fía de ese loco! Veré si mi primo está en su cuarto. (Entra por la primera puerta de la derecha.)

ESCENA XIV

SEVERO

(Sale de su cuarto con las botas.) Si pregunto á los criados, se van á reir de mí; lo mejor es ver qué impresión causa á mi mujer el reconocimiento del cuerpo del delito. De algo ha de servir la experiencia judicial; en su cara he de conocer su culpabilidad ó su inocencia.

ESCENA XV

CLARA y SEVERO; ARTURO, escondido en la segunda de la izquierda.

CLARA. (Saliendo de la habitación primera de la derecha, trayendo las botas de raso. Al reparar en su esposo las oculta rápidamente, volviendo atrás los brazos.) ¡Jamás lo hubiera creído! ¡Aquí está!

SEVERO. (Al verla hace el mismo juego, pero sin reparar en que trae Clara las botas.) Ella es... Calma.

CLARA. (Acercándose.) ¿Me quiere usted decir, señor marido, qué hacían estas botitas en su cuarto de usted?

SEVERO. Cuando usted me diga qué hacían en el suyo estas botazas.

ART. (¡Primera situación para mi comedia!)

CLARA. ¿En mi cuarto? ¡Imposible!

SEVERO. ¡Y de caballería!...

CLARA. En mi cuarto no entra nadie más que usted...

SEVERO. ¡Señora!...

CLARA. ¡Es usted un celoso insoportable!

SEVERO. Esta prueba supone que hay aquí gato encerrado.

CLARA. Entonces en su cuarto de usted hay gata. Severo, ¿para qué señora de contrabando son estas botas?

SEVERO. ¡Clara, no me impacientes!

CLARA. ¡Esto no se puede resistir!

SEVERO. ¡Esto no se puede tolerar!

ART. (¡Anda, anda, y qué jaleo han armado las botitas! ¡Cómo gozo!)

CLARA. Desde hoy viviremos separados. Usted en su cuarto y yo en el mío.

SEVERO. ¡Para siempre!

CLARA. Sí señor; no es otro mi deseo.

ART. (Anda, anda.)

SEVERO. ¡Y tenga usted presente, que como yo encuentre al propietario de estos embudos, no monta más en su vida!

CLARA. ¡Pues si yo averiguase de quién era esto, la sacaba los ojos!

ART. (Lo creo.)

CLARA. (Llorando.) ¡Bien decía mi mamá, que los hombres son unos tiranos sin corazón!

SEVERO. Bien dice todo el mundo, que la justicia no debe casarse con nadie.

CLARA. ¡Hasta nunca! (Vase por la primera puerta de la izquierda.) ¡Qué desgraciada soy!

ESCENA XVI

SEVERO

Pues hombre, ¡no faltaba más que después de... anduviese en contemplaciones! Pero la verdad es que si ella llora, es porque ha encontrado otras botas en mi cuarto. Pero, señor, ¿quién se habrá entretenido en convertir mi casa en zapatería? Las mujeres saben mucho; esto es una comedia que ella hace para desorientarme; además, la carta... ¡Ah! la carta es la mayor prueba de su infidelidad. En fin, dejemos esto en mi despacho, porque más que un juez parezco un zapatero. (Entra por la segunda puerta de la derecha.)

ESCENA XVII

ARTURO, saliendo.

Se fué. ¡Válgame Dios, qué gracia y qué mala sangre tengo! ¿Pero qué le voy á hacer? Si deshago el lío, se acabó la comedia. En este momento no soy yo, es el arte el que me lo prohibe. Yo soy el autor, sacrifico á quien quiero, y en paz... Aquí no hay más parientes que el fin que yo me propongo, y esto trae cola, porque...

ESCENA XVIII

ARTURO; SERAFINA, por foro derecha, elegante, con sombrero.

SERAF. (Desde la puerta.) ¿Se puede pasar?

ART. Adelante. (¡Hermosa joven!)

SERAF. Caballero, ¿es usted el juez?

ART. ¡Pobrecilla! Parece que está cortada... Yo la digo que sí, á ver qué sale de esto.) El mismo, señorita; tome usted asiento. ¿Qué deseaba usted? (¡Es preciosa!)

SERAF. ¡Dispense usted el atrevimiento de presentarme en su casa, pero soy sola en el mundo!

ART. Pues mire usted, yo sería capáz de acompañarla á usted hasta el otro, porque tiene usted una cara y unos ojos... capaces de resucitar á un muerto. (Me estoy olvidando de que soy el juez.)

SERAF. (Me requiebra.) Muchas gracias; es usted muy galante, y esto me anima á pedirle justicia.

ART. Pues yo se la hago en el acto. ¿Qué mayor gloria que ponerse al lado de una causa tan hermosa? (Malo, malo; ¡que no sirvo yo para estos papeles!)

SERAF. Yo no soy la procesada.

ART. Me lo figuro. ¿Cómo puede hacer daño á nadie una mujer que da la hora?

SERAF. ¿Como un reloj?

ART. ¡Ya lo creo! Y con repetición.

SERAF. (Tiene buen humor este juez, es gracioso.)

ART. (Yo no sé hacer este papel, porque en viendo mujeres se acabó la justicia.) Pues usted dirá qué hacemos, porque estoy dispuesto á todo.

SERAF. Entonces soy feliz. Tengo un hermano de lo más rojo que se conoce.

ART. Muy rubito, ¿eh?

SERAF. No señor, rojo de ideas.

ART. Romo, habrá usted querido decir...

SERAF. No tal; de ideas muy avanzadas.

ART. Como las que yo tengo en este momento.

SEVERO. En una palabra, petrolero.

ART. Vamos: ¿que vende petróleo?

SERAF. No; que sus ideas políticas son incendiarias.

ART. Pues debía usted asegurarle de incendios.

SERAF. Verdad es que su cabeza es muy mala, pero tiene un corazón de oro.

ART. Eso me pasa á mí.

SERAF. ¿A usted?

ART. Sí señora: tengo siempre unos latidos...

SERAF. Pues bien; mi hermano se puso al frente de unos revoltosos, le cogieron unas cartas que desde el extranjero le habían escrito y por gritar: ¡Abajo todo lo existente! ¡Tan sólo por eso, le han formado causa!

ART. ¿Conque todo lo existente? De modo que quería quedarse solo en el mundo.

SERAF. Él se explicó mal; quiso decir, abajo el gobierno...

ART. Y usted deseará...

SERAF. Su libertad; porque lo que él dijo, lo dice cualquiera y eso no es para ir á la cárcel, ni para que á una persona decente la pongan capuchón.

ART. ¿Está vestido de máscara?

SERAF. Figúrese usted.

ART. Pues nada, bella joven, por mí queda perdonado, puede usted estar tranquila.

SERAF. ¡Qué alegria! ¡Ah, señor, mi gratitud será eterna!

ART. Pero es menester que su hermano modere sus ideas.
SERAF. Será difícil, porque es muy socialista; él dice que todo lo que hay en el mundo es de todos.
ART. (Mirándola fijamente.) Ojalá fuera verdad. (Con esta mujer no hay toga posible.)
SERAF. Me devuelve usted la tranquilidad.
ART. (Esta puede servirme de mucho en lo de la comedia.)
SERAF. (¿Qué pensará?
ART. Nada, usted me hará el favor de esperar aquí en este cuarto unos instantes, hasta que yo vuelva, y si en el entretanto alguien le pregunta quién es, usted contesta que es la señora de las botas y se arreglará todo en seguida.
SERAF. ¿La señora de las botas? No comprendo...
ART. Haga usted lo que yo la digo, si quiere obtener la libertad de su hermano.
SERAF. Corriente. (¡Qué juez más original!)
ART. (La acompaña hasta la habitación primera de la derecha, cerrando tras sí la puerta.) ¡Otro lío que armé al juez!

ESCENA XVIII

ARTURO

Me parece que Severo no tendrá queja de la muchacha que le he metido en su cuarto; adelante la obra, y quiera Dios que no vayamos todos á la cárcel. Siento ruído, la obligación del autor dramático es escuchar detrás de las puertas. Ahora me voy al cuarto de mi prima, y siga el lío. (Entra en la primera habitación de la izquierda.)

ESCENA XIX

SEVERO; á los pocos instantes TOMÉ, por el foro de la izquierda. ARTURO, escondido.

SEVERO. En mi casa se ha entrado el mismo demonio.
ART. (Sí, pero sin cuernos.)

SEVERO. ¡Tomé! ¡Tomé! ¡Tomé!... Y todavía Clara me negará su infamia y dirá que soy celoso...

TOME. (Entrando.) Señor.

SEVERO. ¿Quién ha venido á esta casa durante mi ausencia?

TOME. El andalúz que dije á usted antes, su amigo.

SEVERO. Yo no tengo amigos.

TOME. (¡Y las botas sin parecer!)

SEVERO. Tú eres cómplice, la criada es cómplice, todo el mundo es cómplice...

TOME. Le digo á usted la verdad: aquí no ha venido nadie más que el andalúz y la señora que habrá usted visto.

SEVERO. Yo no he visto á nadie. Yo no encuentro más que pruebas de que me están ustedes engañando.

TOME. Señorito, juro á usted que no sé nada de lo que usted me habla.

ART. (¡Atchis! ¡Me constipé!)

SEVERO. y TOME. ¡Jesús!

SEVERO. ¡Si yo no estornudé!

TOME. ¡Ni yo tampoco!

ART. (Saliendo.) No, si he sido yo.

SEVERO. ¡Un hombre en el cuarto de mi mujer!

TOME. ¡Calle; el arquitecto, el que usted esperaba!

SEVERO. ¿Qué hacía usted en ese cuarto?

ART. Estaba... tomando medidas; como soy arquitecto...

SEVERO. ¡Usted es un impostor; yo no le conozco!

ART. Entonces, usted es el que miente.

SEVERO. ¡Tomé!... Baja por una pareja.

ART. (¡Qué empeño tiene mi primo en meter á todo el mundo en la cárcel!)

SEVERO. ¡Infame! ¡Me las vas á pagar todas juntas!

ART. ¿Con qué derecho se atreve usted á insultarme?

SEVERO. Con el de esposo ofendido.

ESCENA XX

DICHOS; CLARA y CARMEN, por la primera de la izquierda.

CLARA. ¿Pero qué voces son esas? ¿Qué pasa?

ART. Nada; tu marido, que quiere matarme porque estaba en tu cuarto; pero como también se prende á la justicia, lo voy á llevar preso ahora mismo... ¡Tomé!

TOME. ¡Señor!...

ART. Vé por una pareja ó dos.

SEVERO. ¿A mí?

ART. Yo también sé el Código de memoria; tu marido oculta una mujer en su cuarto.

SEVERO. ¡Eso es falso!

CLARA. Sí; si es un infame.

ART. Vas á convencerte. (Va á la puerta primera de la derecha, la abre y dice:) ¡Salga usted, señora!

CLARA. ¡Una mujer! ¡Niégalo ahora! ¿Quién es usted?

ESCENA ULTIMA

DICHOS y SERAFINA

SEVERO. ¿Quién es usted?

ART. ¿Quién es usted?

SERAF. Yo soy la de las botas.

TODOS. ¡La de las botas!

CLARA. ¡La voy á sacar los ojos!

ART. (Conteniendo á Clara.) ¡Quieta!

TOME. ¿Y dónde las ha puesto usted?

SERAF. ¿A quién?

SEVERO. Señora, ¿quién la ha metido á usted en ese cuarto?

SERAF. ¿Á mí? el juez.

SEVERO. ¿Yo?...

CLARA. ¡Estás descubierto, infame!

SEVERO. Yo te aseguro que no la conozco.

CLARA. Pues si ella misma lo dice, ¿qué más quieres?

SEVERO. ¿Pero, señor, estamos todos locos ó qué es esto?

ART. Yo lo explicaré. (A Severo.) Dame un abrazo. Yo soy tu primo Arturo.

SEVERO. ¿Tú?

ART. Sí, y las botas, objeto de todo, las puse yo mismo en ambos cuartos, para curar tus celos.

CLARA. ¡Qué gracia!

ART. ¡Ah! Y además, para ver si encontraba asunto para mi comedia.

SEVERO. ¡Pues valiente rato nos has dado! ¿Y esta señora?

ART. Vino á hablarte de un asunto; me fingí el juez y la obligué á entrar en tu cuarto. Harás cuanto puedas por ella, ¿eh?

SEVERO. Descuide usted, señora. Bástela la recomendación de mi primo.

SERAF. Mil gracias á los dos.

CLARA. ¡Eres el mismo demonio!

SEVERO. ¡Pero á todo esto no sabemos de quién son las botas!

TOME. (Aquí entro yo.)

CARM. (A Tomé.) ¡Pobres de nosotros! (Carmen y Tomé se cogen de la mano y vienen á arrodillarse delante de don Severo.) Eran nuestras.

SERAF. (Esto es un manicomio.)

SEVERO. ¿De manera que habéis sido la causa de todo?

CARM. Sin querer: éste quería llevarme esta noche á un baile de máscaras.

TOME. La señorita llamó y oculté las botas debajo del velador.

ART. Justo, allí me las encontré yo.

SEVERO. Estáis perdonados. ¡Válgame Dios y qué peso se me ha quitado de encima!

ART. Chico, yo creo que os he hecho un favor con ser juez y parte en el asunto.

CLARA. Sí, hijo, pero poco á poco nos partes con tu buen deseo. Señora... (A Serafina.) Dispense usted mi arrebato.

SERAF. No hay de qué, señora. (Si soy yo la que se encuentra las botas, se las come.)

ART. De manera que ya no me resta más que saber si sirvo para autor dramático.

CLARA. ¡Ya lo creo, y tanto!

ART. Pues entonces me decido.

Os hice pasar mal rato,
pero todo ha concluído;
las botas os han tenido
como tres en un zapato.

(Al público.)

Mas si aplauden los señores
y su sanción obtenemos,
entonces... nos las pondremos
nosotros y los autores.

FIN

NOTA

Los autores tienen la mayor satisfacción en consignar que tanto las señoras doña Victoria Muñóz, doña Lucía Pastor y doña Felisa Boisgontier, como los señores don Antonio Riquelme, don Gerardo Peña y don José Riquelme, han desempeñado sus papeles con verdadero cariño, coadyuvando en gran parte al éxito obtenido.


3 0112 117458148